

La vigencia del concepto de la *experiencia* en la tradición espiritual y educativa de la Compañía de Jesús.

A 30 años del PPI: continuidades entre los Ejercicios Espirituales, la *Ratio Studiorum* y el PPI

Silvana Capano¹

Mayo 2023

El aporte de este artículo se enmarca en una investigación doctoral que está llevando adelante la autora denominada: “El concepto de experiencia en Ignacio de Loyola. Su implicancia pedagógica y su vigencia en la propuesta curricular de los colegios jesuitas de Uruguay. Estudio 2019-2022”. Compartimos en esta instancia algunos hallazgos que emergen de la investigación teórica sobre la categoría *experiencia* sobre la que versa la tesis. Por ser una de las instancias determinantes en el Paradigma Pedagógico Ignaciano y el tema central de la tesis doctoral, presentamos algunos hallazgos significativos que evidencian la continuidad entre los Ejercicios Espirituales, la *Ratio Studiorum* y el PPI en torno a la categoría analizada.

Virtud y letras

La pedagogía ignaciana siempre buscó equilibrar las facultades intelectuales con el hacer práctico en su propuesta educativa de sus colegios. Al inicio del capítulo XXIV de la *Ratio Studiorum*, donde se establecen las reglas de los alumnos externos de la Compañía, podemos leer:

Entiendan los que frecuentan los centros docentes de la Compañía de Jesús en busca del saber, que, con la ayuda de Dios, y en la medida de nuestras fuerzas, nos ocuparemos de su formación en piedad y demás virtudes, no menos que en las artes liberales (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 122).

Entendemos este enfoque que busca integrar virtud y letras (Carena, 2005, p. 34), vida y ciencia, conducta y saber (Bertrán-Quera, 1984, p. 95) o como lo define Schiavone «escuela del intelecto y del afecto» (2009, p. 136). La pedagogía ignaciana marca, desde el comienzo, la búsqueda de conjugación entre teoría y práctica, pensar y hacer, conocer y sentir o experimentar, pensar y creer, aprender y ejercitar en una concepción integral del ser humano. Esta nota distintiva será, asimismo, una novedad que diferencia este «**humanismo devoto**»

¹ Profesora de filosofía. Magister en educación Doctoranda en educación (Universidad Católica de Córdoba, Argentina). Subdirectora Colegio Seminario (Uruguay). Profesora de didáctica de la filosofía (Consejo de Formación en educación). Docente de filosofía de la Educación (Universidad de Montevideo, Uruguay). silvanacapano@gmail.com <https://orcid.org/0000-0001-6501-0275>. Artículo publicado en el Boletín de junio de 2023 del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales de América Latina y el Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús.

(Carena, 2005; Margenat, 2016; Mesa, 2019) que continúa Ignacio, sin llegar a extremos ascéticos y rigoristas, respecto al humanismo renacentista en general. Encontramos una coincidencia clara entre los documentos de los comentaristas y los expertos entrevistados. En este sentido, el P. Klein señala: «así como no queremos el ejercitante solo piadoso, no queremos el alumno erudito. Así como queremos el ejercitante comprometido, no queremos el monstruo educado, solo dotado intelectualmente» (L. F. Klein, comunicación personal, 25 de mayo de 2021).

Respecto a este ítem, reconocemos en el documento tres categorías que podríamos denominar «medios» que posibilitan esta conjugación: medios para formar el intelecto, para desarrollar la dimensión religiosa y aquellos para formar el carácter. Intentaremos evidenciar los nexos con los componentes espirituales trabajados.

Dentro de los **medios para formar el intelecto**, advertimos en el plan de estudios una insistencia en la formación humanista integral (reconciliando la naturaleza humana con las dimensiones física, social, intelectual, estética y espiritual, buscando su relación equilibrada). Se recalca, asimismo, el desarrollo de las funciones mentales sin buscar la erudición; más el aprovechamiento del alumno que la acumulación de saber. Aquí encontramos una clara correlación con la tercera anotación de los Ejercicios Espirituales que buscan más el «desarrollo del corazón y la voluntad que la inteligencia pura» (Charmot, 1952, p. 112).

Asimismo, cabe advertir como otro aspecto del documento educativo, la insistencia en la necesidad del aprendizaje verbal. En varias partes se alude a los «discursos», «debates», «oratoria» como formas de «expresión y comunicación» (Bertrán-Quera, 1984, p. 167).

La *Ratio Studiorum* también hace un hincapié importante en el rol de la memoria:

La primera hora después del mediodía recítese de memoria un poeta y autor griego, mientras el profesor examina las notas de los decuriones y los escritos...El día de vacación en la primera hora recítese de memoria lo que se preleyó en la anterior vacación (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 93).

Cabe destacar que nuevamente, como lo fue en los Ejercicios, la memoria está al servicio de la asimilación personal, para que el alumno pueda pensar por sí mismo, estableciendo relaciones con sus propias experiencias y vivencias. Se trata, asimismo, de una memoria que busca que el alumno se vea enriquecido por un panorama cultural amplio, conociendo a los autores clásicos, por ejemplo.

Notamos que aparece en el texto también alusiones a la imaginación como una «manera de conocer a fondo una verdad encarnándola, aprisionándola a través de imágenes y símbolos» (Charmot, 1952, p. 115). Surge con claridad en los ejercicios de composición propuestos en la clase de retórica utilizando todos los sentidos, aunque se trate de objetos de orden espiritual o inmaterial.

Ejercicios -5- Los ejercicios de los discípulos, mientras el profesor corrige las composiciones, serán, por ejemplo, imitar algún pasaje de un orador o un poeta; hacer una descripción de un jardín, un templo, una tempestad, o cosas semejantes; expresar de

varios modos una misma frase . . . componer epigramas, inscripciones, epitafios (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 100).

San Ignacio atribuye en los *Ejercicios* (especialmente en la segunda semana) una importancia capital a lograr ubicarse en la escena para estar allí con la «vista imaginativa». También, y vinculada a esta facultad, la *Ratio* alude a la posibilidad de poder «acompañarse de dibujos que ilustren el emblema o argumento propuesto» (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 103) como forma de representar lo trabajado, así como «proponer a los discípulos como argumento alguna acción dramática...» en clase (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 103). Aparecen la oratoria, las composiciones, las declamaciones públicas y privadas, el teatro, el dibujo, entre otras, como formas efectivas de cultivar el intelecto.

Lo descrito, también halla relación con la importancia del cuerpo, explicada en los Ejercicios Espirituales como vía para fijar la experiencia a nivel sensorial. Asimismo, se observa, la potenciación del desarrollo de todas las capacidades expresivas (tanto orales como escritas) al proponer componer, imitar, argumentar, debatir declamar, concertar; se subraya en estas actividades la búsqueda de la «empatía afectiva» con el autor (Bertrán-Quera, 1984, p. 232) y el «contacto inmediato que produce una adhesión vital» (Charmot, 1952, p. 163).

Como último aspecto y relacionado con los medios referidos al desarrollo del intelecto, el texto de la *Ratio Studiorum* (Sociedad de Jesús, 1616/s.f.) destaca: el investigar (regla 10 del profesor de gramática superior, p. 111), exponer «puntos difíciles» (regla 12 para el profesor de retórica, p. 102), proponer diferentes tipos de ejercicios a los estudiantes, no «ejercitar solo la memoria, sino también su inteligencia» (regla 32 para profesores de clases inferiores, p. 94), buscar mayor profundidad que extensión pasando los puntos de «erudición brevemente» (regla 5 del profesor de gramática superior, p. 110). Estas actividades propuestas a los maestros para que realicen en clase con sus alumnos, denotan la preocupación constante por el desarrollo de la capacidad de pensar y juzgar continuamente presente en el plan de estudios.

Identificamos en el texto, en segundo lugar, **medios para el desarrollo de la dimensión espiritual-religiosa del alumno**, ya que se busca que pueda integrar aspectos dogmáticos con elementos de la vida moral cotidiana, es decir, una muy buena formación religiosa, pero con una práctica cristiana desarrollada también. Aquí se observa con claridad esta obsesión por la «virtud y letras» nuevamente unidas.

¿Cómo se manifiesta cotidianamente esta síntesis? Encontramos en el trabajo hermenéutico cuatro elementos vinculados a este aspecto a subrayar como prácticas habituales de un estudiante presentes en la *Ratio Studiorum* (Sociedad de Jesús, 1616/s.f.): a) la obediencia y «diligencia suma» en el cumplimiento del deber (regla 8 de los oyentes externos, p. 124), b) la búsqueda en todo momento que docentes y estudiantes «sean ejemplo» dando testimonio con las propias acciones (regla 11 para los oyentes externos, p. 124), c) el aliento a la oración proponiendo encomendarse «muy frecuentemente» (regla 14 para los alumnos externos, p. 124), d) así como la devoción (misa diaria, visitas al Santísimo, rezo del rosario, letanías, examen de conciencia diario, oración mental) buscando que la

práctica religiosa sea «tangible y emotiva» (Revuelta, 1998, p. 336). Respecto al último punto, era habitual que en los colegios jesuitas se dieran obsequios, se escribieran papeletas con sacrificios, se declamaran poesías devotas, o se encendieran velas en las prácticas religiosas. Un cuarto elemento subrayado en el texto refiere a la necesidad de propiciar la «lectura espiritual» entre los alumnos (p. 88), junto a la práctica habitual de la confesión y la misa.

Finalmente, encontramos los **medios para formar el carácter** como claves para la conjugación de la «virtud y letras».

Efectivamente, el exigir un orden en el estudio y un adecuado descanso; el buscar como fin la ciencia sin descuidar el provecho personal en virtud; un estudio hecho con la máxima seriedad, con interés, puntualidad, esfuerzo, constancia y diligencia; una actitud y práctica de servicio a los demás, un cuidado especial en el hablar, en el comportamiento urbano y modesto, todo ello son indiscutiblemente *instrumentos eficaces de formación práctica del carácter* [cursivas añadidas] (Bertrán-Quera, 1984, p. 153).

Creemos que esta cita sintetiza muy adecuadamente los aspectos sustanciales referidos a la formación del carácter que se proponen como experiencia vital del alumno. Suponen la idea (trabajada en los Ejercicios Espirituales) que educar las actitudes, crea hábitos permanentes (virtudes) que influyen decisivamente en la voluntad del ser humano.

Coincide esta visión de Bertrán-Quera (1984) con lo hallado en la *Ratio* como medios más significativos para formar el carácter de los alumnos. Destacamos el compromiso personal del estudiante buscado en todo momento con la libre aceptación de las reglas que abarcan su educación, ya que, al ingresar al colegio, era necesario que el alumno prometiera atenerse a ellas, entregándose con la «intención dicha y con diligencia a los estudios» (Regla 2 de los escolares de la Compañía, p. 117). En segundo término, encontramos la exigencia de la «seriedad y constancia», procurando la diligencia en el trabajo (Regla 9 de los alumnos externos, p. 124). En tercer lugar, hallamos en el texto la promoción del servicio a los demás en actividades prácticas como el aseo o servir la mesa, en el entendido que estos pequeños apostolados preparan para la vida posterior a la institucionalización. Como cuarto elemento, el texto sugiere la necesidad de amistades buenas, promoviendo relaciones «que les puedan ayudar, con su ejemplo, en el estudio de las letras y de las virtudes» (regla 11 de los alumnos externos. p. 124). Finalmente, el texto está lleno de prácticas que suponen en el alumno lograr «vencerse a sí mismo» en actos de modestia, mortificación y humildad. Encontramos aquí una clara vinculación con el análisis referido a los afectos en la espiritualidad ignaciana, y la búsqueda del orden en las «afecciones desordenadas» para poder orientar la voluntad hacia el bien.

En la práctica de la virtud, encontramos en el texto dos planos en lo referido a las virtudes hacia los demás: un sentido vertical (referido a superiores y súbditos) que se manifiesta especialmente en la práctica de la obediencia, disciplina y docilidad del discípulo para con el maestro, y un sentido horizontal (que fomenta la relación fraterna entre

estudiantes) manifestada en las prácticas señaladas como caridad, colaboración, solidaridad dentro de los colegios, así como actos de limosna y beneficencia².

La tarea educativa de este modo se convierte en un instrumento de apostolado, desarrollo de la persona humana y por ende de la sociedad. El supuesto es que, al desarrollar las facultades personales, el sujeto puede influir eficazmente en la sociedad, pero manteniéndose al mismo tiempo abierto a realidades sobrenaturales; es decir usando «**todos los medios propios de la naturaleza y de la gracia**» (Revuelta, 1998, p. 294) para actuar en el mundo.

Encontramos una continuidad entre lo hallado por Bertrán-Quera (1952) como medios para formar el carácter, el intelecto y la dimensión religiosa; y la distinción de Labrador et al. (1999) que ubica tres niveles diferentes en los colegios dirigidos por la *Ratio Studiorum*: religioso, caracterológico y académico. La **dimensión religiosa** enmarca la escuela en un determinado clima propicio siendo la motivación central, convirtiéndola en un verdadero «centro de espiritualidad» (Giard, 2008, p. 24). El nivel **humano-caracterológico** permite crear las condiciones para el mejor aprovechamiento del alumno (que dispone su mente, afectos y voluntad). Finalmente, el **nivel académico** se centra en los hábitos de estudio y el desarrollo intelectual de los estudiantes. Sin duda, la tradición educativa de la Compañía de Jesús en su documento educativo fundante, asocia en relación de interdependencia estos tres niveles.

La actividad del alumno como nota central

Así como la conjugación de teoría y práctica, pensar y hacer; en definitiva: «virtud y letras», es el objetivo central de la educación ignaciana, podemos afirmar que el medio para ello es considerar un alumno que tiene un rol sumamente activo en su aprendizaje (Labrador et al., 1999; Vásquez, 1999).

Basada en la «repetición», la propuesta educativa de la *Ratio Studiorum*, busca en el alumno la asimilación de lo aprendido más que en la acumulación superficial. En las Reglas para los profesores de las clases inferiores (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 87), observamos la insistencia en las instrucciones al maestro que debe: enseñar a tomar apuntes, clasificarlos, estimular al estudiante para que consulte al docente, alentarle a releer la lección una vez finalizada, fomentar que escriba composiciones, se ejercite en declamaciones, disputas y actos públicos, entre otros.

Incluso el documento insiste en proponer ejercicios a los alumnos mientras el docente corrige para evitar el aburrimiento: «Mande a hacer algunos ejercicios mientras se corrigen las composiciones, según el grado de la clase, ahora uno, ahora otro. Pues con nada desfallece más la aplicación de los adolescentes que con el hastío» (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 92).

² Revuelta (1998, p. 340) señala que se han encontrado registros que ilustran que era habitual que los alumnos dieran de comer en asilos y hospitales a los pobres en el Colegio de Orihuela (Valencia), así como en otros establecimientos, señalando que era tan importante el trato personal con los pobres como la limosna material.

Advertimos un intento por tratar de evitar el tiempo ocioso, en el entendido que el adolescente debe mantenerse siempre activo, evitando el desgano y desinterés.

Estas líneas, evidencian el **carácter práctico de la línea pedagógica** de la Compañía de Jesús. Es una propuesta educativa que busca preparar a los estudiantes para la acción y la vida práctica. El rol del docente será «avivar», provocar, motivar al estudiante, siendo él mismo quien aprende, piensa, reflexiona, razona, comprende, experimenta.

Una vez más queremos señalar que la insistencia en la ejercitación y la actividad, no significa homogeneidad, es decir que todos los alumnos hagan todo, todos juntos y al mismo tiempo. La propuesta combina enseñanza oral y escrita, trabajo personal y colectivo, trabajo a partir de fuentes, de textos, trabajo en la habitación, en el aula de clases, entre otros. Sin dudas la «ejercitación» en la que tanto se insiste en el texto, le dará ese carácter «personal y escrito» (Margenat, 2016) tan propio de la tradición ignaciana. Pero es de destacar la combinación de este aspecto personal con aspectos colectivos marcados por la ayuda entre compañeros, a través de la práctica de la «emulación» por ejemplo.

Como una continuidad con los ejercicios espirituales, la propuesta educativa, también insiste en los propios ritmos de cada uno y propondrá que cada estudiante puede tener una «dirección privada» (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 94) para personalizar su aprendizaje en diálogo con un maestro, al observar sus propias necesidades.

Como decíamos, la díada maestro-discípulo se hace patente en este modelo educativo. El maestro será quien presenta los materiales y propuesta, quien guía, estimula, advierte, ayuda, corrige. El alumno asimila, memoriza, discurre, resume, compone, aplica.

Es interesante la categoría del aula como un «campo de entrenamiento» (Bertrán-Quera, 1984, p. 189), ya que consideramos ilustra adecuadamente lo observado en la *Ratio Studiorum* que venimos exponiendo en este apartado; se trata verdaderamente de una escuela activa. Esta noción se relaciona directamente con el próximo apartado que explicita la relación maestro-discípulo, ya que uno estimulará el aprendizaje para que el otro lo ejercite.

Relación maestro-discípulo

En definitiva, es el discípulo quien aprende por su propio movimiento. Es decir, aprende fundamentalmente por **su propia autoactividad** (como ya expresamos más arriba) dirigida por su maestro. Será fundamental que el maestro por todos los medios pueda despertar el interés con todos los medios que tenga a su alcance, para fomentar este movimiento del alumno.

Observamos una continuidad entre los Ejercicios Espirituales y la *Ratio* en este aspecto. Así como el director de los ejercicios espirituales acompaña y dirige a quien está haciendo la experiencia, el docente genera un ambiente de aprendizaje propicio para el alumno. Él

estimula al estudiante para que continuamente pueda dar su *magis* (el «más») en un proceso de continua superación³.

Es importante notar en este punto la insistencia hacia el maestro de adaptar la propuesta educativa según el estudiante, de acuerdo a sus características y tiempos, siendo una propuesta que concibe la experiencia educativa como de una «lenta asimilación» (f, p.17). La *Ratio* insiste en una educación que se opone a la precipitación. De hecho, la estructura curricular está fuertemente segmentada desde estudios inferiores a los superiores, incluyendo un incremento sucesivo en las diferentes áreas: gramática, retórica, humanidades, ciencias, filosofía, teología hasta los superiores. De hecho, no varían las materias, sino las propuestas de trabajo y la profundidad en su abordaje. Es necesario para realizar el proceso un gran conocimiento del maestro sobre la personalidad, dimensión psicológica, características personales y caracterológicas de sus educandos, por lo que el texto, como ya señalamos, insiste en este conocimiento que es condición *sine qua non* para que la tarea educativa sea efectiva.

Sentir y gustar

Así como San Ignacio hace notar la importancia del «sentir y gustar», es decir, el no seguir adelante en la experiencia de los ejercicios espirituales cuando se halla gusto y gozo, así también la *Ratio* propone un anclaje en aquello «sólido y esencial» (Labrador et al., 1999), antes que la erudición.

Encontramos dos citas que van en esta línea y creemos ilustran la idea. Por un lado, está la consigna explícita dada al maestro de «enseñar sin dictar» (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 42). Resulta interesante esta prohibición, porque, así como el profesor no puede dictar la lección, Loyola pensó en ejercicios espirituales que son «dados» por un maestro de ejercicios y no «leídos». Aquí se observa un supuesto interesante, y es que la voz «tiene una viveza que impresiona más, expresa mejor lo pensado, que se graba en los ánimos, que despierta y suspende la atención» (Charmot, 1952, p. 139).

Por otro lado, se le insiste al maestro en enseñar lo útil, no al «modo escolástico» (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 46) sino con la participación de los alumnos. Hay una renuencia a la erudición en favor de una asimilación personal.

El objetivo será estructurar la mente (intelecto) y el corazón (dimensión afectivo-espiritual) con criterios firmes que permitan al estudiante confluir en un proyecto vital que influya en su conducta humana y cristiana. Recordemos que la «piedad y letras» alude a una integralidad entre las dimensiones religiosa, caracterológica e intelectual. Tomamos en este sentido, la categoría brindada en entrevista en profundidad: entender la pedagogía ignaciana

³ *Magis*, de acuerdo al Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 2007, p. 1162) no se refiere a un «máximo o un techo», sino que se refiere a lo que más gloria a Dios dará, es decir dar el «más», será lo que cada individuo pueda de acuerdo a las posibilidades reales en las que se encuentra.

como «**pedagogía de la interioridad**» (C. Labrador, comunicación personal, 12 de mayo de 2021) por esta búsqueda constante de unir todas las dimensiones humanas en un proceso de asimilación y maduración personal que es interior y único.

Esta idea que pasa de la espiritualidad como nota esencial al terreno educativo, nos lleva nuevamente al **carácter individual y personal que tiene la experiencia educativa**, que subrayamos recientemente. Si recapitulamos los tres últimos apartados: la centralidad de la actividad del alumno, el vínculo maestro-discípulo y el énfasis en el «sentir y gustar» como clave del aprendizaje, advertimos, como señala Ugalde (2000, p. 8), que, así como el director de ejercicios es un maestro espiritual, el docente en una institución jesuita acompaña de modo individual y personalizado a cada estudiante en su proceso de asimilación, crecimiento y maduración en todas sus dimensiones.

El esbozo de un patrón didáctico que configura una pedagogía propia

Seguimos a Labrador (1999, p. 48) en su categoría de «patrón didáctico» como fases o momentos sucesivos que se esbozan en el aprendizaje del documento que nos ocupa: la *Ratio Studiorum*. En los cuatro apartados anteriores, hemos intentado identificar los elementos generales de la educación ignaciana que pueden encontrarse en el texto y están vinculados a nuestro objeto de estudio: la *experiencia*. Hemos encontrado, en los cuatro ítems desarrollados, continuidades entre los rasgos distintivos de la experiencia espiritual con aquellos pretendidos en la experiencia educativa según los documentos analizados.

No obstante, en el trabajo hermenéutico realizado hasta ahora advertimos una categoría importante que surge de una especialista en el estudio de la educación jesuita que amplía nuestra comprensión de la temática y, por ello, la introducimos en este apartado como una novedad. El interés del manejo de esta categoría: «**patrón didáctico**» no importa de por sí para nuestra investigación en los pasos formales que descubre como constantes en el método de enseñanza jesuita, sino que es relevante por las notas esenciales relativas a la experiencia del alumno, que nos ayudan a seguir caracterizándola, nutriendo nuestro objeto de estudio. La autora (Labrador, 1999) advierte tres fases o momentos sucesivos en el aprendizaje: prelección, repetición, aplicación. No abordamos estos pasos con la intención de replicar este método o analizar la secuencia en profundidad, sino que nuestro objetivo es poder extraer las notas esenciales que inspiran a la tradición educativa de la Compañía de Jesús, para poder identificar, además, continuidades con la espiritualidad en función de nuestro objeto de estudio que es la experiencia.

La prelección es la explicación del maestro con variedad de métodos exponiendo cualquier rama del saber, pero se insiste en el texto que se trate de una «breve argumentación y siempre con moderación» (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 64). Resulta interesante para nuestro análisis este momento, porque advertimos la continuidad con los ejercicios espirituales y otras partes del texto de la *Ratio Studiorum* ya expuesta, y es la preferencia por la profundidad en vez de la extensión de conocimientos. Se incita al docente a exponer

brevemente buscando la actividad del alumno, inspirando, suscitando más que discurrendo monológicamente.

El segundo paso es la repetición múltiple del alumno. Cabe destacar que en el documento encontramos que se insiste en «repetir lo principal y más útil procurando además de ejercitar la memoria, cultivar también el ingenio» (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 94). Nuevamente aquí aparece la complementariedad de facultades propuesta en este modelo educativo, que no solo cultiva la memoria, sino que se estimula su vinculación con el intelecto, buscando un desarrollo integral y armónico de las mismas. Recordamos la tríada memoria-entendimiento-voluntad como facultades que no pueden estar disociadas. Asimismo, se observa el carácter práctico de este modelo, que busca que el alumno pueda rescatar «lo útil», lo que le es de provecho, evitando contenidos superfluos. La memoria figura como una facultad muy importante que permite fijar conocimientos relevantes, pero no se abusa de ella cayendo en un aprendizaje memorístico.

En tercer lugar, figura la aplicación. El modelo educativo ignaciano propone ejercicios prácticos: debates, lecturas, composiciones, representaciones, declamaciones, ilustraciones, etc., tanto en forma individual como colectiva. El texto insiste en que con esta aplicación práctica se busca el fomento de la «propia iniciativa» del alumno (Sociedad de Jesús, 1616/s.f., p. 106). Resulta interesante la preocupación expresa de evitar la monotonía en el aprendizaje, buscar un alumno siempre activo, con originalidad, independencia de pensamiento, capaz de sacar «provecho propio» de sus estudios personalizando el aprendizaje.

De todos los elementos analizados en este apartado que son hallazgos encontrados en relación a la experiencia en la pedagogía ignaciana, coincidimos con la categoría «**pedagogía experiencial**» que expresan Labrador y Ocampo como expertos entrevistados para esta investigación: la centralidad de la virtud y letras, la autoactividad del alumno, el gozo interno como elemento clave, el carácter personal de la experiencia educativa, una pedagogía centrada en el «ser y en el hacer» (C. Labrador, comunicación personal, 12 de mayo de 2021). Del mismo modo y en forma complementaria, Ocampo la caracteriza en cuanto que para el ser humano «más que dar cuenta de la cosa, se trata de lo que sucedió en sí mismo al tener contacto con la cosa. No se trata de qué aprendió, sino de qué aconteció en él» (E. Ocampo, comunicación personal, 23 de junio de 2021).

Encontramos continuidad clara entre varios rasgos de la espiritualidad y la pedagogía ignaciana en el trabajo realizado con fuentes primarias de Ignacio de Loyola, los textos educativos de la Compañía de Jesús analizados y las entrevistas a expertos realizadas. En lo hallado, verificamos la presencia del espíritu de Ignacio de Loyola en la *Ratio Studiorum*. «Se unen espiritualidad y pedagogía en un concepto de hombre completo; la educación integral, es el humanismo renacentista; lo que Ignacio quiere para la Compañía» (C. Labrador, comunicación personal, 12 de mayo de 2021). Espiritualidad y pedagogía, dentro del paradigma de Ignacio de Loyola, se identifican en un mismo ideal de hombre a construir: un ser integral que se perfecciona en forma permanente. Si bien podemos coincidir con Labrador en que el proceso espiritual es personal y el proceso educativo es colectivo, pasando del

acompañante individual o preceptor único a un docente que acompañará el proceso de varios estudiantes, coinciden en su objetivo final. En este sentido, la Compañía de Jesús posee el mérito de haber institucionalizado la educación logrando un proyecto unitario para todas sus instituciones educativas al mismo tiempo. Desarrollaremos este proceso en el próximo apartado con detalle.

El lugar de la experiencia en la concreción del «Paradigma Pedagógico Ignaciano»

En el año 1986, se publica un documento muy relevante a nivel educativo dentro de la Compañía de Jesús, denominado «*Características de la Compañía de Jesús*», que reafirma varias de las notas esenciales ya manejadas en el documento de 1599, pero aporta dos ideas que consideramos muy relevantes por lo novedosas para nuestra investigación. El texto reafirma la educación de todas las dimensiones de la persona y presta «especial atención al desarrollo de la imaginación, de la afectividad y de la creatividad de cada estudiante evitando que la educación sea puramente intelectual» (Compañía de Jesús, 1986, numeral 28). Esto reafirma la categoría ya explicitada anteriormente que Labrador (1999) llama «patrón didáctico». Pero el propio texto agrega un concepto que se conceptualiza por primera vez: el *magis*.

(109) «Más» no implica una comparación con otros ni una medida de progreso, en relación con un nivel absoluto. Más bien es el desarrollo **más completo posible de las capacidades individuales de cada persona en cada etapa de su vida, unido a la prontitud para continuar este desarrollo**, a lo largo de la vida, y la motivación para emplear al servicio de los demás las cualidades desarrolladas (Compañía de Jesús, 1986, p. 24).

Esta noción ignaciana de *magis*, el «más» debe impregnar toda la propuesta curricular de las instituciones jesuitas, y entendemos que es relevante su explicitación porque alude a nuestro objeto de estudio, en tanto la *experiencia* personal que impregna todas las dimensiones como ya lo hemos trabajado, permite el desarrollo que continúa a lo largo de toda la vida y tiene como destino final el servicio a los demás. Esta noción de *magis* pone por lo tanto a la experiencia humana individual dentro de un contexto más amplio que es comunitario, enmarcándola dentro de la «excelencia humana» (Compañía de Jesús, 1986, p. 24). Por eso resulta natural que el servicio a los más pobres y la promoción de la justicia sean una exigencia ética de la educación jesuita.

Esta es la segunda contribución, derivada del concepto *magis*, que creemos aporta el documento y surge del análisis de contenido efectuado: **la dimensión comunitaria de la experiencia**. Hemos buscado hallar específicamente algunos elementos explícitamente novedosos respecto al documento *Ratio Studiorum* de 1599. Esta idea de cualidades que no son para «la propia satisfacción o la propia ventaja, sino más bien, con la ayuda de Dios, para el bien de la comunidad humana» (Compañía de Jesús, 1986, p. 19) es una idea sustancial, a nuestro juicio, y es un aporte propio de este documento educativo. El texto se refiere además a la importancia de las celebraciones individuales, pero también comunitarias de la fe, de la

conformación de una comunidad educativa donde directores, jesuitas, laicos, profesores colaboran en una misma misión que es compartida: acompañar al estudiante en el proceso de crecimiento, fomentando experiencias que apunten a la maduración de todas sus dimensiones.

Como tercer documento educativo con implicaciones universales, por su rol orientador a todas las instituciones jesuitas, hallamos la pertinencia de explicitar los hallazgos encontrados en «*Pedagogía ignaciana: un planteamiento práctico*» (ICAJE, 1993) ya que en él y a modo complementario de lo ya trabajado, se explicita particularmente el alcance del concepto *experiencia* en el ámbito educativo mucho tiempo después del documento inicial *Ratio Studiorum* (1599) y unos años después de las *Características de la educación de la Compañía de Jesús* (1986):

La experiencia ignaciana va más allá de la comprensión puramente intelectual. Ignacio exige que «todo hombre» -mente, corazón y voluntad-, se implique en la experiencia educativa (...) Por lo tanto, **usamos el término experiencia para describir cualquier actividad en la que, junto a un acercamiento cognoscitivo a la realidad de que se trata, el alumno percibe un sentimiento de naturaleza afectiva** (ICAJE, 1993, p. 32).

Esta concepción integral de la *experiencia*, donde está implicado todo el ser humano, es una constante que aparece tanto en su origen espiritual como en su dimensión pedagógica a la que se trasladó la categoría. Encontramos nuevamente en el texto una continuidad clara con el documento *Ratio Studiorum* y *Características*, así como los textos-fuente ignacianos, en el aspecto trabajado sobre la naturaleza afectiva del aprendizaje que trasciende el mero trabajo intelectual. Siguiendo a Klein (2015), la experiencia «no es un ejercicio intelectual del tema de estudio... manipular un objeto de estudio... o una actividad separada de la reflexión» (p. 3). Esto nos previene de una concepción atomizada de la experiencia educativa, donde las dimensiones humanas podrían quedar escindidas.

Queremos destacar un primer componente del texto «Paradigma pedagógico ignaciano» (1993) que alude al contexto del aprendiz como elemento central. Hallamos una continuidad con lo presentado en el capítulo III sobre los rasgos del ejercitante que el acompañante debe tomar en cuenta al dar ejercicios. En el apartado sugerido en forma extensa y detallada se señala la importancia de tener en cuenta el contexto del ejercitante: tiempo vital del ejercitante, ritmos personales, características intelectuales o de carácter, entre otras. Estos aspectos son claramente trasladables a la pedagogía en el vínculo docente-alumno y la necesidad de adaptación de las propuestas pedagógicas al alumno en contexto vital particular.

Otro aporte de este texto que consideramos clave para esta investigación es la distinción entre experiencia directa que suele darse en las «relaciones interpersonales» (ICAJE, 1993, p. 333) como intercambios, debates, trabajos de campo, actividades de servicio, entre otras; e indirecta, «leyendo o escuchando una lectura» (ICAJE, 1993, p. 334) que figura en el documento. En este segundo tipo de experiencias, es clave lograr que el alumno pueda «interiorizar» de alguna forma lo percibido primariamente a través del intelecto, usando ya

sea la imaginación, los afectos y todos los recursos disponibles para evitar que lo asimilado quede en un mero plano superficial. De todas formas, siempre es claro en todos los textos, que la experiencia se distancia de la mera información, o el saber de las «cosas» sino que podríamos definirlo más bien como el «eco que las cosas resuenan en mí».

La experiencia, dentro de este denominado «paradigma pedagógico ignaciano», es un elemento constitutivo de la propuesta educativa. Él es un componente de cinco, todos ellos centrales: contexto, experiencia, acción, reflexión y evaluación. Sin lugar a dudas, estos cinco componentes se hallan íntimamente relacionados, siendo central su legado presente en los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, buscando que la experiencia educativa pueda recuperar su dimensión significativa, marcante y de gozo característica de la espiritualidad ignaciana.

Es claro que en este sentido la pedagogía ignaciana **no es una metodología o técnica**, sino que en este paradigma se halla implicada una noción de persona y mundo, buscando el desarrollo armónico de todas las habilidades para lograr la madurez del ser humano como ya hemos observado en nuestros abordajes anteriores en este capítulo.

En este punto, creemos importante recuperar la tríada presente en el documento: **experiencia-reflexión-acción**. La reflexión, unida a la experiencia, será «el esfuerzo que hace el alumno por indagar el significado, la importancia y las implicaciones de lo que está trabajando y experimentando en relación con el tema de aprendizaje» (ICAJE, 1993, p. 323). La reflexión figura entonces como una dinámica esencial del proceso educativo porque una experiencia sin reflexión no será una pedagogía ignaciana. Buscar el significado hondo de la experiencia será, de acuerdo a este paradigma, el único medio que posibilitará luego la acción, la traducción de lo hallado para movilizar los recursos propios que posibilitarán modificar su entorno poniendo sus talentos al servicio de los demás, que será el fin último. En definitiva, reflexionar implica apropiarse de lo aprendido para luego poder ponerlo en práctica. Nuevamente aparece la dimensión caracterológica que encontramos en la *Ratio*. El desarrollo de habilidades intelectuales está unida al logro de una madurez emocional y moral también, por lo que perseguir objetivos intelectuales será tan importante como propiciar el desarrollo de las capacidades afectivas. Bastero y De la Puente (2005, p. 30) incluso señalan que es preferible en ocasiones «dejar lo cognoscitivo para el final, dando así cauce verbal y conceptual a lo que el alumno ha aprendido intuitivo de operaciones de tipo psicomotriz», cambiando una metodología tradicional que comienza por la explicación conceptual y luego busca su «aplicación» práctica.

Rescatamos ese interés marcado en la dimensión afectiva que se traduce al ámbito pedagógico y se manifiesta según los autores en tres categorías actitudinales que tomaremos: atención (implica darse cuenta, percatarse, percibir), interés (se manifiesta en poder admirar, comprometerse, ver implicancias, descubrir significados, lograr convicciones personales, solidarizarse, ayudar) y satisfacción (alegrarse, gozar, disfrutar, comunicarse con soltura). Es importante poder rastrear en nuestra investigación si aparecen estas dimensiones en las propuestas didácticas que analizaremos y en la voz de los docentes que las crearon.

De este modo, «el punto de partida es la experiencia de la persona y el punto de llegada es la integración y el aprendizaje realizado a partir de la experiencia» (Arriola, 1994, en Montero, 1999, p. 10). No encontramos en este proceso del paradigma pedagógico ignaciano entonces una linealidad, sino que todas las etapas constituyen un círculo, una continuidad recursiva, donde el alumno paulatinamente va ampliando sus niveles de comprensión y apropiación de lo aprendido.

Así como observaremos las tres categorías que nos plantean Bastero y De la Puente (2005) para analizar la presencia de la dimensión afectiva en las propuestas didácticas (atención, interés, satisfacción), nos resulta útil para nuestro análisis también tomar las acciones que brindan Bontorín y Lazzaroni (2018) para asegurar que la *experiencia* en el aula pueda conservar los rasgos ignacianos, a modo complementario con lo anterior. Algunas líneas de acción son las siguientes: buscar coherencia en el alumno entre lo que dice, siente, piensa y hace; propiciar relaciones entre las nuevas experiencias y las previas (paradigmas, nociones, preconceptos, lo ya vivido); usar herramientas que propicien la comprensión profunda de lo que se aprende (comparar, cuestionar, crear, evaluar, sintetizar); buscar momentos y lugar propicios para apropiarse íntimamente la experiencia; propiciar que el alumno encuentre sentido para sí mismo -como huella- de lo que hace; y hacer propuestas que logren relacionar lo conocido con su realidad o con una realidad que no conocía.

Finalmente, utilizamos algunas categorías que tomamos de Ocampo (1999, pp. 11-15) que creemos recogen asimismo lo analizado en la *Ratio Studiorum* y el *Paradigma Pedagógico Ignaciano*: pedagogía humanista (que sigue persistiendo al buscar conocer, investigar y comprometerse con las realidades humanas), la formación del carácter (traducida en la formación integral de todas las dimensiones buscando generar disposiciones y actitudes que unan «piedad y letras»), la atención personalizada (el tutor y docente acompaña el proceso individual del estudiante según su contexto y circunstancias), el pensar por sí mismo (para que pueda desde su propio criterio juzgar y luego incidir en la realidad), el encuentro (desde el supuesto que desde el intercambio es posible aprender, con momentos grupales, otros individuales y otros de diálogo con el tutor que lo guía y abre caminos), la experiencia previa (como ya recogimos en Bontorín y Lazzaroni por eso no ahondaremos), síntesis teoría-práctica (equilibrio para evitar excesivo activismo o demasiada teorización en el aprendizaje), actividad y comunicación (el estudiante no es receptor pasivo y está en diálogo con otros en continua comunicación con sus pares y docentes), promoción de grupos de acción (la puesta al servicio de la cualidades ya sean pastorales, evangelizadoras o investigativas).

Estas líneas de trabajo nos siguen orientando hoy en nuestro quehacer educativo, en las instituciones ignacianas, para salvaguardar la “marca jesuita” (Sosa, 2017, p. 632) desde esta noción de *experiencia*, completa como derrotero, a procurar en todos nuestros estudiantes, hoy como ayer.

Referencias bibliográficas:

- Bastero, J. y De la Puente, F. (2005). *La Unidad Didáctica y el Paradigma Ignaciano*. CONEDSI.
- Bertrán-Quera, M. (1984). *La pedagogía de los jesuitas en la Ratio Studiorum*. Arte.
- Bontorín, S. & Lazzaroni, E. (2018). *Manual. Clase ignaciana: nuestro modo de proceder*. PPC Cono Sur.
- Cárcamo, J. (2004). *La Experiencia en la Pedagogía Ignaciana*. Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana. <http://pedagogiaignaciana.com/GetFile.ashx?IdDocumento=325>
- Carena, S. (2005). La Ratio Studiorum: Legado pedagógico de la Compañía de Jesús a las universidades de América. *Diálogos pedagógicos*, 3(5), 29-41.
- Charmot, F. (1952). *La pedagogía de los jesuitas*. Sapientia.
- Comisión Internacional de Apostolado en Educación Jesuita. (1993). *Pedagogía Ignaciana: Un planteamiento práctico*. Colegio Seminario.
- Compañía de Jesús. (1986). *Características de la educación de la Compañía de Jesús*. Jesuits Global. http://www.sjweb.info/documents/education/characteristics_sp.pdf
- Klein, L. F. (2015). *Guía Práctica del PPI*. Centro Pedagógico Pedro Arrupe. <https://metodologias1portafolio.files.wordpress.com/2015/08/guia-practica-del-ppi-klein.pdf>
- Margenat, J. (2016). El sistema educativo de los primeros jesuitas. *Arbor*, 192 (782), a356. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2016.782n60001>
- Labrador, C. (1999). Estudio histórico pedagógico. En C. Labrador, A. Diez, J. Martínez & F. De la Puente, *La pedagogía de los jesuitas, ayer y hoy* (E. Gil Coria, Ed., 2ª. ed.). Universidad Pontificia de Comillas.
- Mesa, J. (2019) El apostolado internacional de la educación jesuita: avances recientes y retos contemporáneos. En Mesa, J. (Ed.), *La pedagogía ignaciana. Textos clásicos y contemporáneos sobre la educación de la Compañía de Jesús desde San Ignacio de Loyola hasta nuestros días* (pp. 437- 460). Mensajero-Sal Terrae.
- Montero, J. (1999). La experiencia en la pedagogía ignaciana [Ponencia]. Conferencia de provinciales en América Latina y el Caribe, Asunción, Paraguay. <https://pedagogiaignaciana.com/biblioteca-digital/biblioteca-general?view=file&id=195:la-experiencia-en-la-pedagogia-ignaciana&catid=8>
- Ocampo, E. (1999). Claves de la Ratio Studiorum para la lectura de la propuesta educativa de la Compañía de Jesús hoy. *Revista Portuguesa de Filosofía*, 55(3), 331-356. <http://www.jstor.org/stable/40337394>
- Revuelta, M. (1998). *Los colegios jesuitas y su tradición educativa*. UPCo.
- Sociedad de Jesús. (1599). *Ratio Studiorum oficial 1599* (G. Amigó, Trad. & D. Álvarez, Ed.). Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana. <http://www.pedagogiaignaciana.com/GetFile.ashx?IdDocumento=122> (Trabajo original publicado en 1616).

- Sosa, A. (2017). La educación de la Compañía: una pedagogía al servicio de la formación de un ser humano reconciliado con sus semejantes, con la creación y con Dios. En J. Mesa (Ed.), *La pedagogía ignaciana. Textos clásicos y contemporáneos sobre la educación de la Compañía de Jesús desde San Ignacio de Loyola hasta nuestros días* (pp. 617-637). Mensajero-Sal Terrae.
- Ugalde, L. (2000). Espiritualidad y educación ignaciana. *Cuadernos ignacianos 2. Conferencias sobre pedagogía ignaciana*, 7-20. Universidad Andrés Bello.
- Vásquez, C. (1999). La Ratio: Sus inicios, desarrollo y proyección. *Revista Portuguesa De Filosofía*, 55(3), 229-252. <http://www.jstor.org/stable/40337390>